

MANUEL LÓPEZ CASQUETE

SUBIACO

UN RELATO DE SILENCIO



Desclée De Brouwer

MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO

SUBIACO

UN RELATO DE SILENCIO

DESCLÉE DE BROUWER

BILBAO - 2017

ÍNDICE

I. UN NUEVO COMIENZO	11
II. POR LOS CAMINOS DEL LAZIO	33
III. EL MONTE LIVATA	49
IV. EL PAPA, EL CAMELLO Y LA AGUJA	65
V. DE NUEVO EN CAMINO	97
VI. LA MONTAÑA Y EL RÍO	115

I

UN NUEVO COMIENZO

I

Llegué al monasterio de San Benito de Subiaco la mañana del 9 de febrero del año del Señor de 1458, cuando la brisa fresca del Lazio agitaba los robles. Vestía una chambrá de sayal pardo y llevaba en un hato mis escasas pertenencias: una camisa blanca, una copia desvencijada de la *Vida de San Benito*, una hogaza de pan y un puñado de higos secos. El sol de la mañana se reflejaba sobre el imponente muro de piedra de la fachada principal, haciéndolo brillar con un hermoso tono dorado. Entonces alcé la vista para mirar el cielo azul. Algunos retazos de nubes avanzaban a buen paso, y sentí alivio por haber cubierto sin contratiempo las tres jornadas de camino que ahora me separaban de San

Vittorino, mi pueblo natal, a través de los inciertos caminos del Abruzzo y el Lazio. Para un muchacho de diecisiete años que jamás había salido de su pueblo, era toda una proeza. Por un instante vi el rostro de mis padres y di gracias al Señor.

El monasterio de Subiaco se mostraba entonces ante mí en toda su belleza; mucho había oído hablar de aquel lugar sagrado donde se decía que San Benito había escrito la Regla que transformó el monacato cristiano. A unos metros delante de mí aparecía cerrada una puerta angosta bajo un matacán; desde mi posición, aún fuera del convento, se podía ver que esa puerta conducía a una galería con cuatro arcos formeros de medio punto desde los que se daba vista al valle del río Aniene. El corredor continuaba con otros dos tramos, el primero con ventanas de doble arco, el segundo con tres ventanas minúsculas y estrechas como saeteras y un balcón que permanecía cerrado. Sobre este tramo se atisbaba una pequeña capilla, decorada en su exterior con arquillos ciegos lombardos y un rosetón, y coronada con una recia espadaña. Entre alegre y asustado, llamé a la alda-ba del angosto portón. No tardó mucho en sonar la voz del hermano portero:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—¿Qué deseas? —preguntó.

—Hermano, mi nombre es Casiano; vengo de San Vittorino, junto a la ciudad de Aquila, en el Abruzzo. Desearía hablar con el Padre abad.

Al instante se oyó el descerrajar de la puerta, y el hermano portero me hizo pasar. Era un hombre de unos

cincuenta años, menudo y enjuto, de aspecto serio aunque sereno.

—Hijo, me temo que el Padre abad estará muy ocupado esta mañana. Iré a buscar al maestro de novicios, el Padre Giuseppe. Aguarda un instante.

El hermano portero desapareció tras un recodo de la galería; en ese momento me sentí extremadamente solo, mientras oía sus pasos alejarse en la penumbra. Por primera vez en mi vida, no había junto a mí ningún rostro conocido, ningún lugar que me inspirase la seguridad de quien se siente en casa. Incluso los paisajes de mi Abruzzo natal me parecían ahora insoportablemente lejanos. Aguardé la llegada del Padre Giuseppe con el corazón encogido. El párroco de San Vittorino había escrito al abad meses antes comunicándole mi llegada; yo confiaba en que la carta hubiera llegado y en ser bien recibido en aquel convento que empezaba a resultarme hostil.

Pero toda mi angustia se desvaneció apenas conocí al Padre Giuseppe. Era un hombre corpulento, de espaldas anchas; debía sobrepasar los sesenta, a juzgar por la escasez de su pelo blanco y su rostro curtido y arrugado. Sus manos eran grandes, y parecía que comenzaban a deformarse por efecto de la edad y el trabajo. Pero lo más llamativo del Padre Giuseppe era su sonrisa; se diría que sonreía con todo el cuerpo, y que sus ojos pequeños y vivos quedaban entonces enterrados en los pliegues de su rostro. Caminaba con pasos largos y decididos, con la espalda ligeramente encorvada. Aún recuerdo la sonoridad de su voz, profunda y serena, en la estancia de entrada al convento, apenas me vio:

—¡Tú debes de ser Casiano! ¡Sé bienvenido, hijo!

Entonces me estrechó con un fuerte abrazo mientras resonaba su risa alegre.

—Entonces, ¿recibieron la carta de mi párroco?

—¡Claro que sí! El Padre Stefano es un viejo amigo de esta casa. Nos ha hablado muy bien de ti y te esperábamos. Pero debes de estar cansado. Ven, te llevaré a tu celda y podrás lavarte un poco. ¿Has desayunado?

Los recuerdos que guardo de aquellos primeros momentos en Subiaco han quedado grabados con fuerza en mi memoria. El Padre Giuseppe me guiaba con suavidad por las estancias del convento. Vi salas de piedra y corredores sobrios, celdas luminosas, ventanales sobre el valle del río Aniene, lejanías verdes y azules. Y de fondo, como una música, la voz del Padre Giuseppe. Creo que, en algún momento de aquel breve camino, dejé de escuchar el contenido de sus palabras, pero percibía su serenidad, su sonoridad profunda y grave, la alegría y la familiaridad con la que me hablaba, intercambiando palabras con risas. Y me sentí en casa. Aquellos momentos de angustia a la entrada del convento habían desaparecido por completo, y ahora me sabía en buenas manos, como si la Providencia divina me hubiera regalado la más hermosa acogida en aquel anhelado convento de San Benito.

Apenas me hube instalado, el Padre Giuseppe me acompañó al aula en la que se disponían a empezar sus lecciones del día los jóvenes novicios del convento de Subiaco.

II

El convento benedictino de Subiaco estaba construido con sillares de piedra calcárea que aportaban al conjunto un precioso tono dorado. Al atardecer, cuando el sol rozaba los montes del otro extremo del valle del Aniene, el color dorado se tornaba rojizo, y su belleza sobrecogía. Toda la construcción se hallaba suspendida sobre el valle, apoyándose sobre la ladera rocosa de levante. Pocos meses después, las gentes del pueblo de Subiaco habrían de hacer suya la frase del Papa Pío II, quien se refirió al monasterio como un “nido de golondrinas”. Y justo eso parecía a los ojos del visitante: un conjunto de estancias armoniosas, serenas, sencillas, que se aferraban a la roca de la montaña de forma casi inverosímil, como si de un momento a otro fueran a desplomarse ladera abajo.

Esa disposición del convento propiciaba que la mayor parte de las estancias fueran luminosas y soleadas, como si invitasen al paisaje del valle a adentrarse en el monasterio. El aula de los novicios era un espacio amplio, también con vistas al valle y con ese inconfundible tono dorado de la piedra. Con frecuencia, si el tiempo lo permitía, los monjes enseñaban con las ventanas abiertas, dejando que el sol penetrara, a gruesos trazos, en el interior del aula.

El ambiente entre los novicios era alegre y acogedor. Muchos venían de otros países, siguiendo una tradición iniciada por el abad Bartolomeo III quien, a partir de su nombramiento en 1363, había invitado a jóvenes extranjeros a estudiar en el monasterio. En el momento de mi llegada, el grupo estaba compuesto por catorce novicios, incluyéndome a mí. No tardé en sentirme integrado, y pronto todos ellos dejaron de llamarme *Casiano*

para empezar a llamarme *Cano*. Yo lo acepté de buena gana, sabiendo que se trataba de un apelativo cariñoso, justificado no solo como apócope de mi nombre, sino también por mi pelo crespo de color castaño claro. Este apelativo no tardó en extenderse por el resto del convento, y pronto también los monjes –incluidos el Padre Giuseppe y el abad– se dirigían a mí como *Cano*.

El ritmo de la vida en el convento estaba marcado por el rezo de la liturgia de las horas. Al principio me costó un poco adaptarme, sobre todo por las interrupciones en el sueño. Especialmente en la oración de mañitines y en la de laudes sentía una tremenda somnolencia. Era justo en aquellos momentos cuando me preguntaba si estaba en el lugar correcto, si tenía sentido romper el ritmo natural del sueño para pasar tanto tiempo en la fría capilla. Sin embargo, a medida que pasaban los meses, empecé a habituarme al ritmo de la liturgia. Sentía que, de forma paulatina, iba ordenando también mi vida. Y, también poco a poco, empecé a considerar la pequeña capilla un espacio muy personal e íntimo.

Además del rezo de la liturgia de las horas, los novicios pasábamos las mañanas en el aula. Estudiábamos principalmente Latín, Sagradas Escrituras y Liturgia. Aprovechábamos las clases de latín para adentrarnos en las obras de los Padres de la Iglesia. No me resultó difícil avanzar en las clases de latín, habituado como estaba a la lectura de la vida de San Benito, escrita por San Gregorio Magno, y de la que podía recitar de memoria páginas enteras.

Además de la liturgia de las horas, las clases, las comidas en el refectorio y el trabajo en la casa y en el huerto, el momento más esperado por mí era la entrevista semanal con el Padre Giuseppe.